

## ¿Dónde fundar la autoridad analítica?

Germán García

Julio 1996 - Centro Descartes

Estamos a cuarenta años de “Situación del psicoanálisis en 1956”, donde Jacques Lacan dice: “La historia nos muestra en Freud la preocupación que lo guía en la organización de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, y especialmente a partir de 1912, cuando auspicia en ella la forma de autoridad que prevalecerá, determinando con los detalles de las instituciones el modo de ejercicio y de transmisión de los poderes: es la preocupación, claramente confesada en su correspondencia, de asegurar el mantenimiento de su pensamiento en su forma completa, cuando él mismo no esté ya allí para defenderlo”.<sup>1</sup>

¿Dónde fundar la autoridad analítica? Es la preocupación constante de Freud, tanto en 1910 frente al análisis silvestre, como en 1926, cuando se plantea el problema del abuso médico frente al análisis laico. También cuando responde a Ferenczi sobre el tema del psicoanálisis en la universidad.

Esta historia está hecha y conocemos las consecuencias para el psicoanálisis. La otra historia, la que comienza con Jacques Lacan y en la que estamos incluidos, es la que intenta fundar la autoridad analítica en el pase y regular el estudio y la investigación por el cartel. La contracara de la autoridad es la responsabilidad, la autoridad que se genera por las respuestas que alguien inventa para una determinada ocasión, en un determinado ámbito.

En 1956, Lacan vuelve a referirse a las “profesiones delirantes” descritas por Valéry. Y comenta: “No se ve que nuestro interés por este tema no data de la última década”, después de referirse a su tesis de 1932, donde Valéry es citado en extenso. ¿Qué dice Valéry? (edición Montesinos), *Monsieur Teste*, de donde Lacan extrae su referencia. Cito el párrafo anterior: “Imagina usted, acaso, el desorden incomparable que sustentan diez mil seres esencialmente singulares? Piense usted en la temperatura que puede producir en este lugar un número tan grande de amores propios que se comparan allí?”

Luego habla de hombres brillantes e infortunados “cuyos destinos los han llamado a seguir profesiones delirantes”. ¿Qué las caracteriza?

“1. La materia prima es la opinión que los otros tienen de uno. 2. En consecuencia, se vive en una eterna candidatura que alimenta por igual el delirio de grandeza y el delirio de persecución. 3. La ley es hacer lo que nadie ha hecho antes y que nadie hará. 4. Cada uno funda su existencia sobre la inexistencia de los otros, a quienes hay que hacerles aceptar que no existen. 5. En el corazón de cada uno existe un electrón positivo que repite una frase monótona: Sólo hay yo. Sólo hay yo, yo, yo, ... y un electrón negativo que grita: Sí, pero hay un tal... Si, pero hay un tal... tal, tal, tal. Y tal otro, pues el nombre cambia con frecuencia”

---

<sup>1</sup> Lacan, J. Escritos, pág. 455.

Esto resume la referencia de Lacan en su tesis, en el momento en que viene describiendo la paranoia en el mundo de los rivales en la gloria, verdadero cuadro de “afinidades paranoicas” en la minoría selecta: “La fórmula de actividad más deseable para estos sujetos es su encuadramiento en una comunidad laboriosa con la cual los vincule un deber abstracto”.

Blanchot en *La comunidad inconfesable* desdeña un poco la experiencia del Colegio de Sociología -donde, entre otros, estuvieron Bataille, Callois- con el argumento de que “sólo reclutaba sus miembros, como a su auditorio, para un trabajo de reflexión y de conocimiento sobre los temas que descuidaban parcialmente las instituciones oficiales, pero que no eran incompatibles con ellas”... Esto, según Blanchot, le quitaba peso a su manifestación exotérica.

Jacques-Alain Miller, en una respuesta ahora publicada en *Tiempo Lógico*, comentaba sobre este punto: “Esta referencia hace ver bien que la comunidad psicoanalítica, y esto desde Freud, no ha sabido nunca si era incompatible con las instituciones oficiales, o si sólo se ocupaba de lo que ellas olvidaban, pero podrían terminar por conocer. Esta posición de borde es, si se lo piensa, la misma del inconsciente, es decir, de lo reprimido animado por una demanda de reconocimiento por la instancia ‘oficial’. ¿Demandar hacerse reconocer, es desearlo?”. “Había escrituras que gritaban, palabras que eran nombres y nombres que eran nombres...”, escribe Valéry.

¿Qué hacer con el nombre propio en una profesión regida por la opinión que los otros tienen de cada uno? Cuando se lo traslada al nombre de una comunidad -la Escuela, por ejemplo- ocurre que al poco tiempo la autoridad se concentra en quienes dirigen, y una multitud piensa que perdió su nombre en beneficio de los otros.

Lévi-Strauss dice que el nombre del abuelo puede llevarse como un título obligatorio y reservado: “Del nombre al título se pasa, pues, por una transición insensible, que no está ligada a ninguna propiedad, sino al papel estructural que desempeñan en un sistema clasificatorio...”

En 1965, Lacan dice que no se trata de clasificación, sino que el nombre es la sutura de un agujero, designa lo que puede faltar y se instaura en el escotoma, en el punto ciego del discurso.

El amo no se apoyaría en su deseo -como suponía Hegel- sino en el nombre que sutura, por identificación, ese agujero.

Es lo que Freud llamaba “la psicología del jefe” -que, por supuesto, no tiene jefe- que propone su nombre a los otros.

Lacan, invocando el nombre de Freud, deja de ser atópico y funda un lugar. Incluso bautiza territorios: lacanoamericanos.

El nombre propio, llevado hasta ese punto de ironía, cambia de valor: “usted no ignora, querido soñador -escribe Valéry- que en los sueños se produce algunas veces un acuerdo

singular entre lo que se ve y lo que se sabe, pero es un acuerdo que no se soportaría en la vigilia. Veo a Pedro y sé que es Jaime (...), me parecía que entre el fantasma o yo, había uno que tenía que desvanecerse”.

La paranoia, ligada a las profesiones delirantes, legitima una cadena de mando en tanto tiene enemigos en cualquier parte. A la inversa, la anulación de la cadena de mando tomada en serio implica que nadie tiene obligaciones con nadie. Los yo fuertes no tienen nombres. Por eso, conviene exigir el uso de la voz activa de quien se autoriza y que se diferencia de la voz pasiva -se ha decidido, etc.- de la burocracia. Richard Sennet propone una autoridad formada en cinco formas: 1. Uso de la voz activa; 2. Discusión de la categorización; 3. Diversidad de respuestas a una misma orden; 4. El cambio de papeles y 5. La negociación directa.

La autoridad de cada uno se hace legible y visible en sus actos, y la autoridad de la comunidad analítica se define intramuros por la permutación en torno al pase y al cartel y hacia afuera por hacer valer el discurso analítico en lo que Lacan llamó el “mercado del saber”, sin olvidar la dimensión del síntoma en los desplazamientos de discursos. Esta elegía sincrónica transcurre en una historia, O, como bien lo subrayó Francois Regnault en su comentario sobre la política de Descartes, la autorización actual no consiste en decir al sujeto que el inconsciente es en realidad historia, sino que su historia fue en verdad el inconsciente.

¿Qué hacer con esa inercia? “Sería formidable, en efecto, curar la neurosis por la ironía -ha dicho Miller-. Si llegáramos a curar la neurosis por la ironía no tendríamos necesidad de mantenerla por el psicoanálisis. Todavía no estamos curados del psicoanálisis, pesar de la ironía de Lacan y sin duda alguna, de lo que era su deseo.”<sup>2</sup>

La cuestión es que la ironía, a diferencia de la sátira, no actúa en interés de la estabilidad, sino más bien como “absoluta e infinita”. ¿Qué comunidad podría soportarla? Sin embargo, me parece que conviene ese horizonte para tratar la verdad de la seducción en conexión con la autoridad.

Para alguien como Pierce, la existencia de la comunidad está motivada por la falta de intuición, en el sentido en que existía para Descartes. Existe una semiosis infinita y el único interpretante lógico y final es el hábito. “El reconocimiento de un hábito como ley requiere de algo muy próximo a una instancia trascendental, es decir, una comunidad como garante intersubjetivo de una noción de verdad no intuitiva”<sup>3</sup>

La comunidad no es trascendental en un sentido kantiano, no viene antes sino que aparece después de un proceso. Desde el momento que se induce la comunidad en un consenso sobre la interpretación de lo dado -en nuestro caso, eso que nos es dado como éxtimo en la clínica- se llega a un significado que no es objetivo, pero que tiene un respaldo intersubjetivo que la comunidad privilegia. El gesto soberano de un Descartes -pienso, luego

---

<sup>2</sup> Miller, J.-A. “Ironía” en *Uno por uno*, N° 34

<sup>3</sup> Eco, Umberto, “Los límites...”, pág. 369

existo-, que puede impugnar cualquier autoridad, está excluido de la comunidad de Pierce, con su estructura y sus principios supraindividuales.

El hábito, lo que nosotros llamaríamos *automaton*, regula el proceso del conocimiento. Eso excluye la verdad de la seducción que responde del deseo del Otro.